

un religioso asombro que le dejaba como extasiado, especialmente si penetraba con la vista hasta el lugar santo.

Tal era la iglesia tan justamente célebre del Santo Sepulcro, la cual se hallaba además provista de una cantidad innumerable de vasos de oro y plata, y de todo género de riquezas. Subsistió este magnífico templo hasta el año 1009 de la Era Cristiana, en que lo destruyeron los musulmanes: después fué arruinado y reedificado otras varias veces, pero nunca con el esplendor que la primera. Al rededor de la iglesia, fuera del sitio donde estuvo la antigua Jerusalén, se formó una ciudad que Eusebio dice era un remedo de la nueva Sion que describen los Profetas, á causa del conjunto de objetos que reunía, capaces de inspirar un santo entusiasmo. Entonces volvió á tomar su antiguo nombre, dejando el de Elia que le había dado el emperador Adriano.

Con el piadoso objeto de honrar debidamente el lugar santificado por el nacimiento del Hombre-Dios y de su gloriosa Ascension, mandó Constantino edificar dos magníficos templos; uno en Belén y otro sobre el monte de las Olivas. Construyóse al mismo tiempo en Nicomedia una basilica digna de esta ciudad imperial, que era la residencia ordinaria de los emperadores de Oriente. Antioquia, capital de Siria, tuvo un templo tan suntuoso que se le llamaba *la iglesia de oro*: el cuerpo del edificio, que tenía una altura extraordinaria, era de figura octógona cercado de capillas y subterráneos; y el todo, que comprendía un anchuroso recinto, estaba edificado con la misma magnificencia. Edificóse en Roma, en el palacio de Letran, la iglesia del Salvador, llamada San Juan de Letran, á causa de su baptisterio, en el cual estaba la efigie de San Juan Bautista, y esta es la primera iglesia de Roma y la estación de las mayores solemnidades. El

emperador dió á este baptisterio, en tierras y casas, cerca de medio millon de reales vellon de renta anual.

Edificó en Roma otras siete iglesias, esto es, la de San Pedro en el Vaticano, en memoria del sepulcro del Príncipe de los Apóstoles: la de San Pablo, á alguna distancia del lugar de su martirio: la de Santa Cruz, para honrar con la dignidad debida la porción de la verdadera Cruz que Elena había enviado de Jerusalén: la de Santa Inés con su baptisterio: la de San Lorenzo, fuera de la ciudad, en el parage de la sepultura de este mártir; y la de los santos mártires Pedro y Marcelino, en donde fué sepultada Santa Elena. Edificáronse otras muchas en lo restante de la Italia, como en Ostia, en Alba, en Cápua y en Nápoles; todas dotadas ricamente, tanto, que se hace á veces difícil el creer que un solo príncipe pudiese soportar gastos tan extraordinarios.

Mas Constantino, tan sábio como religioso, no sacaba del tesoro público los fondos para hacer estas obras piadosas; porque no ignoraba que el Estado no debe agotarse con una escesiva liberalidad, ni aun por el bien mismo de la Iglesia, tan intimamente unido con el reposo público; y que la munificencia mas santa puede tropezar alguna vez en inconvenientes tan perjudiciales como la economía mal entendida. Pero la prudencia del emperador sacaba recursos inmensos de los bienes confiscados en otra época á los fieles que habían muerto sin herederos; de las rentas de los templos de los ídolos, rentas que consagraba al culto del verdadero Dios, creyendo que no podía reparar de otro modo mejor una profanacion tan temeraria; y por fin, de la supresion de los juegos profanos que causaban enormes gastos al imperio. Abolió en Oriente los juegos de los gladiadores, queriendo que los que fuesen condenados á ellos por algun delito, se empleasen con

mayor utilidad en el trabajo de las minas.

Por otra parte no perdía ocasion de desacreditar la idolatría y destruirla, aunque sin violencia y sin esponer los pueblos á disensiones ni disturbios. Había en Cilicia un famoso oráculo de Apolo, del cual tomó motivo el celoso soberano para convencer á sus súbditos del abuso que se hacia de su propia confianza (1); mandó derribar el templo y se encontraron huesos y calaveras que habían servido para las operaciones mágicas de los sacrificadores homicidas, con envoltorios de trapos y de paja que llenaban los huecos de los gigantes ídolos en donde se ocultaban aquellos infames impostores. Mas en ninguna parte se descubrió el dios que decían pronunciaba los oráculos, ni genio, demonio ó fantasma espantoso alguno, como se temían; y no hubo lugar por secreto que fuese, ó caverna tan oscura ni tan profunda, á donde no penetrasen los oficiales del príncipe y los soldados; de manera que los pueblos principiaron á abrir los ojos respecto á la impostura de sus sacerdotes y á los horrores de sus supersticiones. En Heliópolis de Fenicia, ciudad consagrada á Venus, las mugeres de sus sacrificadores y adoradores eran comunes entre todos ellos, y la mejor parte del derecho sagrado de hospitalidad consistía en prostituir sus hijas á los pasajeros (2). Prohibió rigorosamente estas leyes infames el piadoso y casto emperador; y para aplicar un remedio mas seguro á este desórden, instó eficazmente á los habitantes á que reconociesen al Dios de toda pureza, y además hizo edificar una grande iglesia para esta ciudad que nunca la había tenido, y se puso en ella un obispo con un crecido número de ministros. En las montañas del Líbano, cerca del rio Adonis, había otro tem-

plo de Venus, ó mejor diremos, otra escuela de liviandad, que mandó asimismo arruinar. Mandó también destruir hasta los cimientos el famoso templo que Esculapio tenía en Egea, en Cilicia, de modo que no quedase el menor vestigio de él. En Egipto atribuían los ídólatras al dios Sérapis las fecundas inundaciones del Nilo, porque se guardaba en el templo de aquel ídolo la columna que servía para medirlas. Trasláronla á la iglesia grande de Alejandria, y los paganos publicaron que el dios indignado impediría que saliese de madre el rio; pero como se vió que este continuaba fertilizando las campiñas como antes, los temores y presagios se convirtieron en vergüenza y descrédito del simulacro y de sus sacerdotes. En muchas ciudades hizo quitar el emperador las puertas y los techos de los templos; sacó las estatuas y los ídolos de los santuarios mas respetados y los dejó en las plazas públicas, para que la familiaridad escitase el desprecio que en realidad merecían.

Avisaron del Oriente al príncipe, que contiguo á la famosa encina de Mambre, en Palestina, donde el patriarca Abraham había ejercitado la hospitalidad con tres ángeles, degenerando la fé en supersticion, se habían erigido diversos ídolos, á los que se inmolaban sacrificios. Se celebraba todos los años en aquel lugar una gran feria á diez leguas de la ciudad santa, y concurría á ella un número prodigioso de comerciantes de todas naciones y religiones que honraban á sus dioses cada uno á su modo. Acudían las mugeres lo mismo que los hombres, y se presentaban vanagloriándose de sus trages y gracias naturales. Mas sin embargo, se afirmaba que aunque se confundían y mezclaban sin distincion las personas de ambos sexos, el respeto del sitio y el temor de las venganzas del cielo impedían el desórden y todo comercio impuro.

(1) Socr. lib. 2, c. 18.

(2) *Ib.*

Menos crédulo el emperador, se horrorizó de solo oír el riesgo á que se esponian aquellas gentes y de su supersticion, y escribió á los obispos de Palestina que le admiraba su negligencia en sufrir esta profana amalgama; despues mandó quitar los ídolos, echar por tierra los altares de las falsas divinidades, y edificar en el mismo sitio, despues de haberlo purificado, un templo magnífico en donde se diese culto solamente al Dios verdadero. Fué encargado de la ejecucion de estas órdenes el conde Josefo, judío de origen, el cual se convirtió de un modo muy digno de referirse.

Este israelita, famoso por los beneficios que debió á la gracia del Señor, era natural de Tiberiades, y ocupaba uno de los primeros puestos cerca del patriarca de su nación, que así llamaban entonces al jefe ó cabeza de aquel pueblo disperso (1). El patriarca, viéndose próximo á morir, envió á llamar al obispo de Tiberiades con un pretexto aparente, pero con el designio verdadero de que le bautizase, como en efecto le bautizó el obispo, despues de haber reconocido y perfeccionado las disposiciones de este judío. Josefo, á quien habian mandado salir del cuarto del enfermo, como á todos los demas testigos que podian incomodar, miró por un resquicio de la puerta y observó con cuidado cuanto se hacia. Murió el patriarca, y se pasaron muchos años sin que Josefo correspondiese á la gracia que durante este tiempo no le dejó jamás la conciencia tranquila. Leía muy á menudo los Evangelios de San Juan y de San Mateo, ó los Hechos de los Apóstoles, que la Providencia hizo que cayesen en sus manos como por casualidad. Apareciósele en sueños el mismo Salvador, exhortóle á creer en su nombre, y le dijo: «Yo soy Jesus á quien crucificaron tus padres.» Pero ni aun por esto

(1) S. Epiphani. *Heres.* 30, num. 5.

cedió á las divinas inspiraciones. Sobrevinole una grave enfermedad, de la que no se esperaba que saliese; y un doctor judío, aunque de los mas celosos por la ley judaica, le dijo al oído: «Jesus Cristo, Hijo de Dios, que ha sido crucificado, es el Juez que ha de sentenciar tu causa.» Los judíos, muchas veces, por una confesion práctica á favor del cristianismo, usaban de tales fórmulas para curar sus dolencias. El Salvador se apareció la misma noche por segunda vez á Josefo, y le reprendió de nuevo su ciega infidelidad; pero él recobró la salud y no se convirtió.

Vivia en Tiberiades un hombre poseído de los demonios, cuyo frenesí le estimulaba á correr muchas veces desnudo por las calles. Josefo, instruido del poder de Jesus Cristo por la lectura del Evangelio, quiso hacer la esperiencia en el energúmeno, y con este objeto le mandó llevar á su casa. Hizo sobre él la señal de la cruz, diciendo: «Yo te mando, espíritu maligno, en nombre de Jesus de Nazareth, que ha sido crucificado, que salgas del cuerpo de este infeliz;» y al punto sanó el energúmeno. Hizo este milagro una impresion extraordinaria en toda la ciudad: pero Josefo no dejó de continuar en su infidelidad. Al fin los golpes del rigor y de la tribulacion lograron lo que no habian podido conseguir las visiones y los milagros, y obraron eficazmente en aquella alma inflexible, pero predestinada para la luz del Evangelio, que se habia resistido á tantas inspiraciones de la divina misericordia.

Josefo, que á pesar de sus deseos ineficaces de convertirse se mostraba siempre celoso por la disciplina judaica, se grangeó las sospechas y poco despues la malevolencia de sus hermanos. Estos con la mira de darle que sentir, observaron escrupulosamente todas sus acciones, y le sorprendieron un dia leyendo en el Evangelio, lo cual era un delito imperdonable segun ellos.

Echaron pues mano al libro y al lector, arrastraron á este por el suelo con la mayor brutalidad, y le condujeron con violencia á la Sinagoga, donde fué azotado; pero llegó á poco rato el obispo bien acompañado, y le libertó de las manos de sus verdugos. Otra vez los judíos, encontrándole en un viage que hacia á Cilicia, lo tiraron en el rio Cidno, en donde creyeron que se habia ahogado: libróse tambien como por milagro; y entonces fué quando convencido por tan multiplicadas señales de la clemencia divina, pidió y recibió el bautismo.

Ademas del lugar distinguido que habia ocupado entre los judíos, su fé y su mérito personal le merecieron la benevolencia del emperador Constantino, quien le condecoró con el título de conde, con el encargo de edificar iglesias en Mambre, en Tiberiades, y en otros lugares de la Palestina, en donde los judíos no habian permitido hasta entonces mezclá alguna con los estrangeros. Halló Josefo indecibles obstáculos en el desempeño de su comision, y no pudo cumplirla del todo, porque los judíos se valieron hasta de los artificios de la magia para impedir sus piadosos intentos. Cuando se estaba levantando la iglesia de Tiberiades le avisaron de que los judíos con sus encantos apagaban el fuego de los hornos de cal; acudió al instante, y llenando un vaso de agua, hizo con el dedo la señal de la cruz sobre el vaso, diciendo: «En el nombre de Jesus Nazarenó, clavado en la cruz por mis padres y por los de esta ciega muchedumbre, adquiera esta agua la virtud de quitar los encantos del infierno y restituya al fuego de la tierra su natural actividad.» Dichas estas palabras, tomó en su mano el agua que bendijo de aquel modo, y robó con ella los hornos; al momento el fuego principió á arder de nuevo con tan extraordinaria voracidad, que todos los espectadores gritaron á una voz:

«El Dios Todopoderoso es el que asiste á los cristianos.»

Por estos medios hacia cada dia nuevos progresos el cristianismo; pues si la esperanza de alcanzar el favor de Constantino atraia á algunos infieles, muchos mas eran los que se convertian por las lecciones y ejemplos de los santos obispos y piadosos solitarios, y por las reflexiones sólidas que era fácil hacer acerca de la vanidad é impureza de las supersticiones idólatras, y sobre la virtud y sublimidad de la doctrina evangelica. Declarábanse ciudades y pueblos enteros en favor de nuestra santa Religion; y se les vió destruir por sí mismos los ídolos, arruinar sus templos ó transformarlos en iglesias. Los habitantes de Mayuma, es decir, del puerto de Gaza en Palestina, abjuraron todos de una vez sus antiguas supersticiones; lo cual causó al religioso emperador tanto mayor placer, cuanto menos esperaba esta mudanza de parte de un pueblo al que pocos igualaban en su apego á la idolatria; y así para mostrarles su satisfaccion transformó aquella plaza en ciudad, y la llamó Constanza, del nombre del hijo que mas amaba. Por otra razon semejante dió el nombre de Constantina á una ciudad de Fenicia.

Mas el celo de Constantino no se encerraba dentro de los límites del imperio, pues por su solicitud y beneficios penetró el cristianismo hasta en las naciones mas remotas y bárbaras. Profesábanlo ya los habitantes de las inmediaciones del Rhin y en las provincias de la Galia mas retiradas hácia el Océano. Abrazándolo por el propio tiempo los godos y otros bárbaros vecinos al Danubio, habian contraido ya costumbres mas arregladas, y sobre todo mas suaves. Principaron estos á convertirse en las incursiones que hicieron en tiempo de los precedentes emperadores; sus cautivos hacian respetable la virtud á los vencedores, é instruyéndolos,

fórmaban todos los días nuevas iglesias. Tiridates, príncipe de los armenios, que se hizo cristiano en virtud de un milagro obrado en su casa, estimuló á sus súbditos á que profesasen la misma Religión; y desde allí se esparció el cristianismo por el Osróene y por la Iberia, y llegó hasta el centro del vasto reino de los persas (1).

Los iberos moraban entre el Ponto Euxino y el mar Caspio, en un gran territorio que hoy llamamos el Gurgistan (2). Entre los prisioneros de guerra que hicieron, se halló una jóven cristiana de grande belleza, pero de una virtud aun mas notable, y con la entereza necesaria para hacerse respetar de aquellos bárbaros. Retirada cuanto podía en la mas rigurosa soledad, pasaba en oracion todo el tiempo que quedaba á su arbitrio, y nunca hablaba con nadie si no le preguntaban. Algunas veces la decian ¿cuál era su esperanza ó pretension en semejante manera de vida? Y entonces respondia: «Sirvo á Jesucristo, mi Dios, porque estoy muy cierta de su liberalidad en recompensar á sus adoradores;» y nada de este mundo era bastante para alterarla, ni aun casi distraerla. Entre aquellos bárbaros, que eran muy ignorantes y no tenían médicos, se acostumbraba cuando habia algun niño enfermo llevarlo de casa en casa, por si se hallaba alguna persona experimentada que pudiese curarlo. La ejemplar conducta y religion de la jóven estrangera, que se habia adquirido gran celebridad con el nombre de la *Hermosa Cautiva*, escitaron el deseo de hacer una prueba de su virtud; y una madre la llevó su hijo que estaba gravemente enfermo. Ella respondió: «Ningun remedio humano conozco que pueda hacer lo que me pides; pero el Dios que adoro restituye cuando le place la salud á los en-

(1) Euseb. *lib. 4 hist., cap. 8.*

(2) Ruf. *lib. 1, c. 10.*

fermos mas desauiciados:» y poniendo sobre su lecho al niño, despues de haber estendido en él su cilicio, pasados algunos momentos lo entregó perfectamente sano á su madre.

Divulgóse por la ciudad este prodigio, y llegó á noticia de la reina, que padecia un mal muy doloroso. Mandó pues que la llevasen á casa de la Cautiva, la que la estendió, como al niño, sobre su cilicio, y por la invocacion del nombre de Jesucristo la volvió milagrosamente la salud y la dió al mismo tiempo ciertas nociones del Médico Supremo á quien debia su curacion, ponderando la dicha inefable que alcanza el que le sirve dignamente. Llegó muy luego á oídos del rey tan agradable noticia, y no halló medio mejor de mostrar su reconocimiento que enviar á la cautiva los mas ricos presentes. Pero la reina, que ya estaba iniciada en los principios sublimes del Evangelio, le dijo: «no es oro ni plata lo que necesita mi bienhechora, ella desprecia todo lo de la tierra; las alabanzas y las distinciones la contristan; la vida regalada la espanta; el ayuno es su mas sabrosa comida; y el único placer que podemos darla es adorar al Dios Todopoderoso que ha invocado para restablecerme.» El rey dió esperanza de que asi lo haria; pero descuidó de llevarlo á efecto, y el tiempo fué borraudo poco á poco la memoria del beneficio, por mas que la piedad agradecida de la reina se lo recordase muy á menudo, juntamente con sus promesas.

Pasado algun tiempo, estando el príncipe cazando y viéndose en un grande peligro, hizo voto dentro de sí mismo, sin proferir palabra alguna, de que si el Dios de la cautiva le sacaba de aquel peligro, abandonaria á todos los otros dioses y adoraria á él solo. Fué efectivamente libertado, y cumplió su palabra; y llamando al punto á la cristiana, la pidió le instruyese en el modo

de servir á Jesucristo, lo cual practicó ella en cuanto lo permitia su capacidad. Rey y reina desde entonces se transformaron en dos Apóstoles, tanto de su córte como de toda la nacion; y se dedicaron á instruir cada uno á los de su sexo. Edificóse una iglesia conforme al plan que trazó la cautiva, y por consejo de la misma se despachó una embajada á Constantino pidiendo enviase á aquel pais predicadores evangélicos. No hubiera causado tanta satisfaccion al emperador la conquista de un nuevo imperio; dispuso marchasen al instante un obispo y varios sacerdotes, para consolidar aquella cristiandad naciente, obra casi increíble de una pobre cautiva, pero sostenida por los testimonios mas respetables. Rufino, uno de los historiadores antiguos que la cuentan, dice haberla oido al rey Bacurio, el cual despues de haber reinado en aquella nacion, logró ser conde de los domésticos entre los romanos, es decir, mayordomo mayor de la casa del emperador, y duque de los límites de Palestina.

El mismo autor nos ha transmitido el modo no menos maravilloso con que San Frumencio, Apóstol de los abisinios, estableció la fé entre ellos (1). Un filósofo de Tiro, llamado Mérope, penetró por mera curiosidad hasta el interior de Etiopía, y le mataron aquellas gentes, en odio de los romanos con quienes estabau en guerra. Este filósofo llevaba consigo dos jóvenes parientes suyos, Edeso y Frumencio, con ánimo de instruirlos desde sus primeros años en el arte de conocer á los hombres. Los asesinos de Mérope hallaron debajo de un árbol á estos dos niños que estaban aprendiendo su leccion: su edad y su inocencia desarmaron á los homicidas, y los llevaron á presencia de su rey, el cual hizo

(1) Rufin. *hist. lib. 1, cap. 9.*

copero suyo á Edeso, y á Frumencio, que mostraba mas talento, le nombró secretario suyo. Despues de su muerte, la reina, que gobernaba el reino durante la menor edad de su hijo, honró con la misma confianza á estos extranjeros que ya entonces eran hombres provechosos. Pidiéndole ellos permiso para volver á su patria, les instó á que ayudasen á llevar el peso del gobierno, hasta que su hijo estuviese en disposicion de reinar. Todo este tiempo lo empleó Frumencio en proteger á los cristianos que llegaban á aquel reino, y en levantarles iglesias. Por fin, asi que el jóven rey cumplió la edad que se requeria, Frumencio, despues de dar una cuenta sumamente exacta de su administracion, pidió y obtuvo la competente licencia para regresar á su pais.

Quando se vió en territorio romano, lo primero que hizo fué participar al obispo de Alejandria todos los conocimientos que habia adquirido concernientes á la religion de los etiopes, la que tenia motivos mas especiales de cultivar aquel prelado, así por su preferencia como por la situacion de su Silla. Refirió él mismo al santo obispo Atanasio los progresos extraordinarios que hacia la fé en aquella tierra inculta, pidiéndole enviase un pastor á aquellos numerosos neófitos y á aquellas iglesias dispuestas á recibir la verdad. Y ¿quién, respondió el sábio Atanasio, quién sostendrá mejor y con mas dignidad esta grande obra que el promotor de ella? Empleó en seguida toda la uncion de su divina elocuencia para inspirar un nuevo celo á aquel hombre que apenas habia puesto los pies en su patria, despues de desealarla tanto tiempo. Frumencio obedeció á la voz de Dios, que le hablaba por boca del Patriarca; y habiéndole ordenado obispo Atanasio, le envió lleno de la gracia que acababa de concederle con la imposicion de las manos, asociándole al mismo tiempo muchos eclesiásticos tambien celosos y dándoles á todos